

# LA HISTORIA CON LETRA PEQUEÑA



Don José María Fernández de la Vega



Don Fernando Suárez González

**T**ODO el pueblo español tiene conciencia de que estamos viviendo esta semana unos días históricos; pero la historia no se escribe sólo con capítulos heroicos a lo Dos de Mayo, hay páginas serenas, ponderadas, prudentes, que son precisamente las páginas más constructivas. Si observamos a los tres grandes protagonistas del capítulo que se inició ayer en las Cortes, el Rey; el presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, y el presidente de las Cortes, Torcuato Fernández-Miranda, veremos el poco talante heroico de los tres personajes. Los dos primeros son dos gozosas sorpresas, los imaginábamos dos simples españoles de su generación, y el primero nos ha resultado un hombre de Estado, y el segundo, un «animal» político ante el cual está levantando el sombrero hasta el último militante de la oposición. Torcuato Fernández-Miranda no ha sorprendido a la afición, hace años que todos sabíamos que era el espécimen parlamentario ideal para la ocasión.

La historia, pues, de estas fechas decisivas parece que vamos a escribirla serenamente en letra pequeña, con minúsculas, como debe escribirse la crónica parlamentaria de los países maduros para la democracia. Vamos a escribirla sin nervios, porque es lo único que no hay en la calle, nervios. Hay expectación, conciencia de la importancia de lo que nos estamos jugando; pero no hay nervios.

■ El primer ejemplo de moderación lo dio Escudero Rueda retirando su enmienda, simplemente porque no quería entorpecer un camino de dinamismo político en pro de la democracia. El suyo fue el gesto de un parlamentario eficaz e inteligente.

■ Blas Piñar y Fernández de la Vega llevaron al podio —como podrá verse en la información del periódico— todo el apasionamiento de sus respectivas posiciones ideológicas, tan respetables como las del resto de los españoles. Ocorre solo que ayer, a mi modesto entender, no se trataba de defender una ideología, sino simplemente de tomar una decisión política, la de enviar o no enviar el proyecto de reforma al Gobierno, la de aceptar o no aceptar la enmienda a la totalidad.

■ Fernando Suárez es un parlamentario nato y, para mí, tuvo el talento de traer al hemiciclo lo que importa en esta discusión que termina de comenzar: el hombre. No es para nada abstracto, nebuloso, indefinible e impalpable para lo que se legisla, se legisla por y para el hombre, y porque el hombre es mudable la ley no puede ser inmutable. Una cita de Fernando Suárez dio en la diana que entendemos a nivel de la calle: «La tierra pertenece siempre a la generación viviente», está, por tanto, largamente justificado que sea a esa generación a la que se le dé la palabra, a la viviente, a la mutable, a la existente. «No hay metafísico en el mundo —dijo Fernando Suárez— que pueda asegurar que una ley no puede modificarse por su propia naturaleza, porque la naturaleza del hombre no es inmutable.»

■ Al pueblo llano, que no es experto en derecho constitucional, ni leido las Leyes Fundamentales, ni tiene vocación de discutir el sexo de los ángeles, lo único que le importa es saber que la reforma que el Gobierno propone a las Cortes simplemente pretende reconocerle su soberano derecho a decidir, en virtud de su soberanía, cómo quiere ser gobernado. A los Piñar y a los Fernández de la Vega, a los Suárez y a los Tierno Galván, a los Gil-Robles y a los Fraga corresponderá en su día proponerle al pueblo sus programas y sus ideas, a las Cortes lo que les incumbe en este momento es únicamente aceptar o no aceptar que el pueblo pueda decidir en las urnas su destino inmediato. Vuelvo a insistir en



Don Manuel Escudero Rueda

que no hay que dramatizar, no hay que traer aquí los redobles de los tambores, simplemente se trata del destino inmediato, no de la salvación eterna. Como dijo ayer Fernando Suárez: «Franco no dejó una ley clavada en el cielo para que nos presidiera hasta la consumación de los siglos.» Como dijo Machado y repitió en su día don Carlos Arias, «se hace camino al andar», y de lo que se trata es sólo de eso, de comenzar a caminar por la vía de la democracia sin que unos se rasguen las vestiduras y otros toquen a rebato, se trata de escribir serenamente una página de la historia sin que le falte sentido de la responsabilidad ni le sobren gestos.

Pilar NARVION